



## China, 100 flores después. Miguel Alemán V. 22 de marzo de 2007

En 1973 recibí la invitación del presidente Luis Echeverría para ser parte de la comitiva en la primera visita oficial de un presidente latinoamericano a la República Popular China.

La recepción fue histórica. Después de la revolución cultural, con la frase "que florezcan 100 flores, que mil ideas contiendan" la China de Mao daba la bienvenida al presidente que había insistido en el ingreso de China a la Organización de Naciones Unidas. Tiempo después se dieron a conocer las negociaciones secretas de Henry Kissinger y del presidente Nixon, que alteraron el balance de poder de la *guerra fría*.

El gran potencial del milagro socialista chino le daba al Estado la propiedad sobre todos los recursos, apoyado por un partido fuerte, con la disciplina total de las Fuerzas Armadas y el control absoluto sobre la alimentación y la información.

Después de múltiples formalidades diplomáticas, decidimos pasear por el centro de Shanghai en bicicleta, con un ejemplar del famoso libro rojo en español en la bolsa, enfundado en el atuendo gris de gabardina que usaba la clase trabajadora china, o sea todos.

Transcurrieron 34 años, y el pasado 16 de marzo la Asamblea Popular Nacional aprobó una reforma constitucional y la ley respectiva que representa el modelo opuesto en uno de los principios fundamentales de su revolución social: el derecho a la propiedad privada. El primer ministro, Wen Jiabao, declaró necesario "eliminar los obstáculos institucionales" y el legislador Wang Shengming indicó que esta ley "permitirá proteger el orden de la economía de mercado socialista". Dicha reforma no incluye zonas rurales.

La imagen es aún más impactante que la noticia. La Asamblea Popular desahogó la iniciativa y su aprobación en pleno orden. No hubo toma violenta de la tribuna con mantas o papeletas, no se oyeron gritos ni cantaletas de desacuerdo, no se organizaron *plantones*, no hicieron pintas frente a la embajada de Estados Unidos, no hubo multitudes en la calle ni se desquició el tráfico de la capital china, tampoco se dieron el lujo de ofrecer un espectáculo de violencia en su más alto recinto legislativo.

Al parecer, esa "economía de mercado socialista" va muchos pasos adelante de lo que en México se pudiera entender. Aquí, a diario, hay una disputa entre las ideologías del pasado y las realidades del futuro. Ya perdimos la cuenta de los reclamos ciudadanos, sindicales, partidistas, religiosos, estudiantiles o laborales. ¿Por qué vemos con sorpresa cómo otros países han resuelto sus diferencias durante el mismo lapso que nosotros llevamos protestando por ellas?

Hoy los chinos viven otra revolución; poco a poco dicen lo que piensan y cumplen lo que dicen. Los hombres y mujeres que votaron esta trascendental reforma se educaron en la cúspide del modelo socialista de Estado y seguramente estudiaron en los mismos libros que sus contemporáneos mexicanos seguidores de las ideas de Mao.

Hoy una nueva generación de líderes nos demuestra cómo después de esas 100 flores sus ideas florecen y encuentran nuevas respuestas en la competitividad, las utilidades y la propiedad privada, sin menoscabo de sus principios o de la soberanía.

Atrás quedaron los años de un rigor ideológico extremo que intentó cambiar la realidad. En China hay un proverbio para cada ocasión -y, si no, lo inventan ex profeso-, como el que dice: "Hombre sabio cambia de dogma cuando no puede cambiar la realidad".

¿Policías chinos?...

Ahora cuando los jóvenes chinos tienen que resolver un problema complejo dicen: "¡Eso está en mexicano!"

articulo@alemanvelasco.org

Político, escritor y periodista